

# LA ALINEACIÓN SIMBÓLICA DEL ALCE, EL JAGUAR Y EL ÁGUILA

El fútbol como ritual y productor de significados a partir  
del análisis semiótico de las mascotas del Mundial 2026

Un ensayo de Larisa Hernández<sup>1</sup>





## Resumen



El Mundial de fútbol es mucho más que una competencia deportiva, en especial cuando es organizado por tres naciones con culturas y símbolos tan diferentes entre sí: atraviesa la vida cotidiana, despierta emociones y activa formas de identificación colectiva. A partir de este contexto, este ensayo se pregunta cómo las mascotas de Canadá, México y Estados Unidos 2026 —un alce, un jaguar y un águila— producen significado más allá de su apariencia. Para abordar el tema, se utiliza un enfoque semiótico apoyado en Saussure, Peirce y Barthes, junto con miradas sobre el ritual desde Durkheim, Turner y Van Gennep. El análisis se centra en la relación entre imagen, cultura y experiencia, observando tanto las características individuales de cada figura como su lectura en conjunto. El texto propone que estos emblemas no solo representan a los países anfitriones, sino que configuran una forma de relación en la que aparecen y se disputan roles, jerarquías implícitas y distintas maneras de estar dentro del juego.

<sup>1</sup>Licenciada en Diseño Gráfico. Cuenta también con una maestría en Diseño Gráfico y Nuevas Tecnologías por la Universidad Pompeu Fabra, de España. Es diseñadora gráfica e ilustradora, especializada en diseño de superficies y comunicación visual. Posee más de 28 años de experiencia como docente universitaria, impartiendo asignaturas como Semiótica de la Imagen, Ilustración, Diseño Editorial, Exploración Creativa y Exportación de Productos y Servicios. Su trabajo académico se centra en el análisis cultural, así como en la interpretación y el uso de la imagen, promoviendo el pensamiento crítico y la comprensión del diseño como un sistema de significación.



Cada cuatro años, el mundo se transforma en una gran comunidad emocional. Los estadios se llenan, las calles se visten de banderas, se multiplican las ventas de camisetas y las canciones oficiales, y los ojos del planeta coinciden en un mismo punto: la Copa Mundial de la FIFA. Lo que en sus inicios comenzó como una competencia deportiva hoy se ha convertido en un fenómeno cultural capaz de activar economías, percepciones, identidades y afectos.

De acuerdo con el planteamiento de Benedict Anderson (1983/2006) sobre las comunidades imaginadas, según el cual la nación se construye a través de prácticas compartidas y de los medios de comunicación que posibilitan experiencias de simultaneidad, el Mundial puede interpretarse como un evento mediático con una estructura simbólica que refuerza la idea de nación y hace visibles las formas de autorrepresentación colectiva en el escenario global.

A diferencia del fútbol cotidiano, el Mundial tiene una condición particular que lo distingue como acontecimiento. Su carácter periódico, precisamente porque ocurre cada cuatro años, lo convierte en un evento esperado, preparado y recordado, incluso muchos meses después de haber concluido. Esta temporalidad establece una lógica ritual: el fenómeno del Mundial interrumpe la vida cotidiana, altera rutinas diarias y reorganiza el tiempo en torno a una experiencia compartida simultáneamente por millones de personas. En este sentido, la Copa Mundial puede comprenderse como un ritual contemporáneo de alcance global.

El Mundial funciona como un ritual colectivo porque congrega multitudes y establece tiempos simbólicamente "sagrados", organizados en fases claramente reconocibles. Siguiendo a Arnold van Gennep (1909/1960), todo ritual atraviesa momentos de separación, transición y reincorporación. Algo similar ocurre también alrededor de cada Mundial: las personas se apartan de la rutina de la vida cotidiana y reorganizan agendas en función de la programación, procurando que tareas y reuniones no coincidan con el horario de los partidos. Mientras dura el juego, se mantienen en un estado de gran carga emocional

en el que predomina la exaltación, la ansiedad, la tensión y la euforia, para finalmente regresar a la vida cotidiana tras oír el pitido que pone fin al partido, llevándose consigo recuerdos, emociones y anécdotas que hacen que la experiencia se extienda más allá del juego, hasta llegar al siguiente encuentro.

Esta estructura ritual se encuentra también dentro del propio evento. Los jugadores se reúnen en la cancha para calentar, se canta el himno, el tiempo de juego se divide en bloques, se juega, se grita y el gol se celebra de maneras singulares, propias de cada jugador y de cada afición. Este instante desencadena lo que Émile Durkheim denomina "efervescencia colectiva": una expansión emocional compartida que fortalece el lazo social. Para Durkheim, la fuerza de lo sagrado no reside en el objeto de adoración, sino en la reunión, la sincronía emocional y la participación compartida del grupo (Durkheim, 2001).

Este fenómeno atraviesa oficinas, casas, colegios, universidades, talleres mecánicos, mercados y espacios públicos. El tema de conversación se transforma en una pregunta común: ¿cuál es tu selección favorita?, ¿quién ganará?, ¿quién será el mejor jugador? Y a partir de ahí, se activan conversaciones, dinámicas y "rituales colectivos" como vestir los colores del equipo, adivinar quinielas, reservar horarios, reuniones en casas o restaurantes y celebraciones públicas.

Desde una perspectiva cultural, el fútbol puede entenderse también como un sistema simbólico que estructura pertenencias, memorias colectivas y vínculos afectivos en contextos cotidianos. Durante el Mundial, las relaciones se vuelven momentáneamente horizontales: no hay jefes ni subordinados, no hay padres ni hijos, no hay parejas; todos ocupan, al menos simbólicamente, el mismo lugar: el de aficionados. Víctor Turner desarrolla el concepto de liminalidad para describir aquellos momentos en los que se suspenden temporalmente las jerarquías habituales y los individuos participan como iguales dentro de una experiencia común (Turner, 1969). Esta horizontalidad no elimina las diferencias estructurales, pero genera una vivencia simbólica de igualdad propia de estos momentos. Entonces, podemos decir que la Copa del Mundo funciona como un espacio liminal

global: durante su desarrollo, las diferencias sociales, económicas o culturales se olvidan o se diluyen momentáneamente, y los aficionados se reconocen como parte de una misma comunidad emocional. En este marco, gritar, abrazarse, llorar, discutir o celebrar con desconocidos se vuelve socialmente aceptado y permitido.

Este evento deportivo también pone en juego valores como la competencia, el honor, el sacrificio, la victoria y la derrota, permitiendo que estas ideas se experimenten tanto con el cuerpo como con las emociones, y no solo como conceptos abstractos. El cuerpo se vuelve un espacio de la experiencia: la tensión, la espera, la descarga emocional y la memoria afectiva se expresan en él. Desde una mirada más cotidiana, Erving Goffman nos ayuda a entender el Mundial como una secuencia de interacciones sociales ritualizadas: gestos repetidos (celebrar, abrazarse, gritar, hacer gestos con las manos), roles compartidos (hinchas, rival, árbitro) y normas de comportamiento que organizan la vida social durante el evento (Goffman, 1967). Estas microinteracciones simbólicas ritualizadas sostienen la experiencia colectiva y la hacen reconocible edición tras edición.

En este contexto, el evento de la Copa del Mundo no solo se mira: se prepara. Antes de que empiece el partido, el ritual se pone en marcha. Se organizan los espacios, se hacen llamadas de invitación, se compran ingredientes y se comparten alimentos. La comida, *snacks*, platillos preparados, carne asada y bebidas cumplen una función simbólica: acompañar la espera, reforzar la interacción social y transformar el acto de ver en una experiencia compartida. Estas prácticas pueden entenderse como espacios rituales fuera de la rutina, donde cuerpo, emoción y convivencia se articulan en torno a un evento significativo, no necesariamente religioso, que involucra comida, imágenes, sonidos, espacio, cuerpos, gestos, vestimenta y escenografía (Turner, 1969).

Siguiendo el enfoque que establece MacAloon (1984) entre juego, ritual y espectáculo, el Mundial puede entenderse como una acción cultural estructurada que se realiza públicamente y produce significado a través de su ejecución. En este caso, el juego corresponde a la competencia reglada, el partido de fútbol que se desarrolla en el campo; el ritual organiza los tiempos, las ceremonias y la experiencia



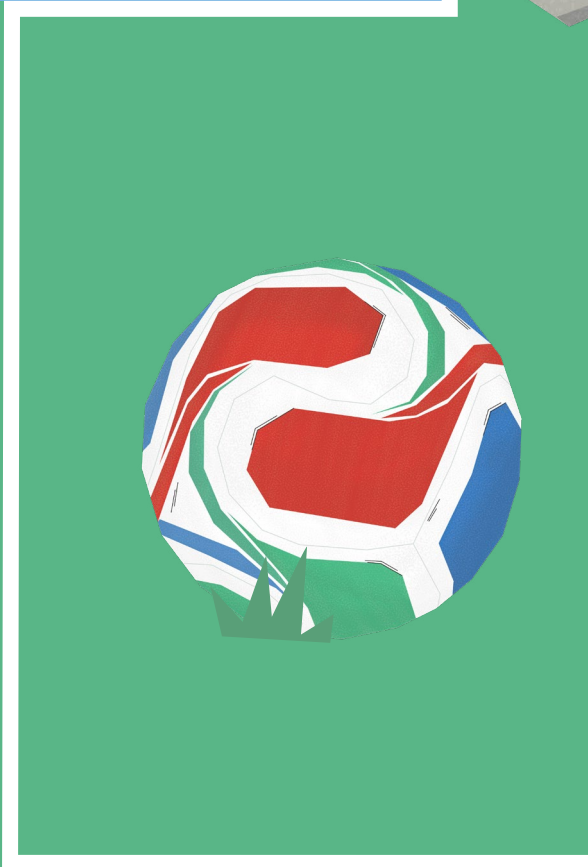
colectiva que rodea el evento, mientras que el espectáculo masifica y pone en escena estos elementos para ser vistos y compartidos por una audiencia amplia (MacAloon, 1984). En este sentido, el torneo no se reduce a un “megaevento” deportivo, sino que integra estas manifestaciones culturales en una puesta en escena más amplia, en la que símbolos, ceremonias, colores, mascotas, animaciones y recursos visuales contribuyen a estructurar la experiencia del espectador. Las mascotas, la identidad gráfica y los elementos escenográficos pueden comprenderse como parte de esta dimensión espectacular, que no sustituye al juego ni al ritual, sino que los hace culturalmente reconocibles dentro de un marco global que estructura la experiencia del espectador.

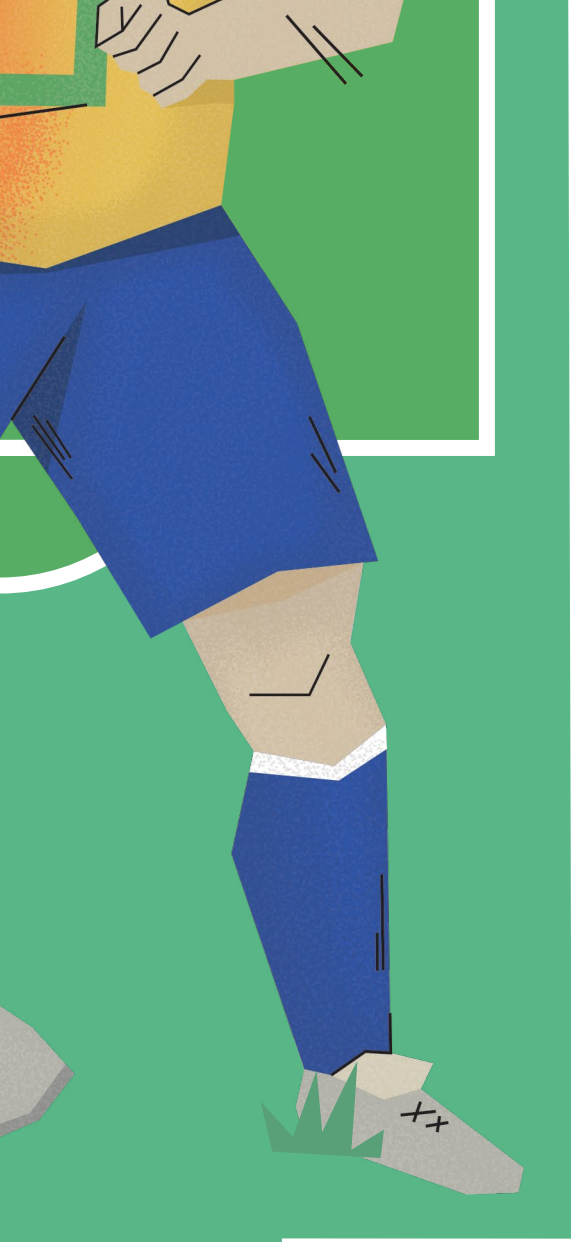


En este marco, el diseño visual cumple un rol central. El sistema de signos que conforman las mascotas, logotipos, tipografías y paletas cromáticas, además de identificar al torneo, produce sentido en el público. El Mundial 2026, organizado por Canadá, México y Estados Unidos, plantea una situación particular: tres países distintos, con tradiciones culturales propias, que deben compartir una misma narrativa visual. En ese cruce, los signos no quedan solo en lo gráfico, sino que empiezan a formar parte de la experiencia cotidiana del espectador. Aparecen en gestos simples: ver los partidos en familia, ponerse la camiseta, recordar jugadas o goles, salir a celebrar. Ahí es donde lo visual se vuelve emocional y compartido.

A partir de esta idea, se propone que las mascotas del Mundial 2026 —un alce, un jaguar y un águila— funcionan como objetos culturales que no solo representan a los países anfitriones, sino también a la gran diversidad emocional del propio público. Estas figuras actúan como símbolos cercanos que se leen sin esfuerzo consciente a través del hábito y la exposición constante, de manera intuitiva, al ser percibidas como naturales, familiares y evidentes dentro de la cultura del fútbol.

Las habilidades tradicionalmente atribuidas a los equipos y jugadores, a los números de las camisetas y a las posiciones dentro del juego son incorporadas a las mascotas, pero revistiéndolas de asociaciones simbólicas vinculadas a la idiosincrasia de los pueblos y a su herencia cultural. El conjunto de piezas gráficas que conforman el sistema construye un relato visual cercano, emocional y compartido que presenta al fútbol como una experiencia cultural colectiva y universal, capaz de unir a las personas en cualquier lugar del mundo, más allá del idioma, a través de los símbolos.





Sin embargo, presentar a las mascotas únicamente como representaciones culturales no es suficiente para explicar cómo estos signos operan en la experiencia del espectador. Es necesario entender no solo lo que estas imágenes representan, sino el proceso mediante el cual producen sentido, es decir, la relación que se establece entre la imagen, su referente y la interpretación que el público construye a partir de ella. Es en este punto donde la semiótica ofrece un marco analítico que permite profundizar en el proceso de semiosis o significación de estos elementos visuales.

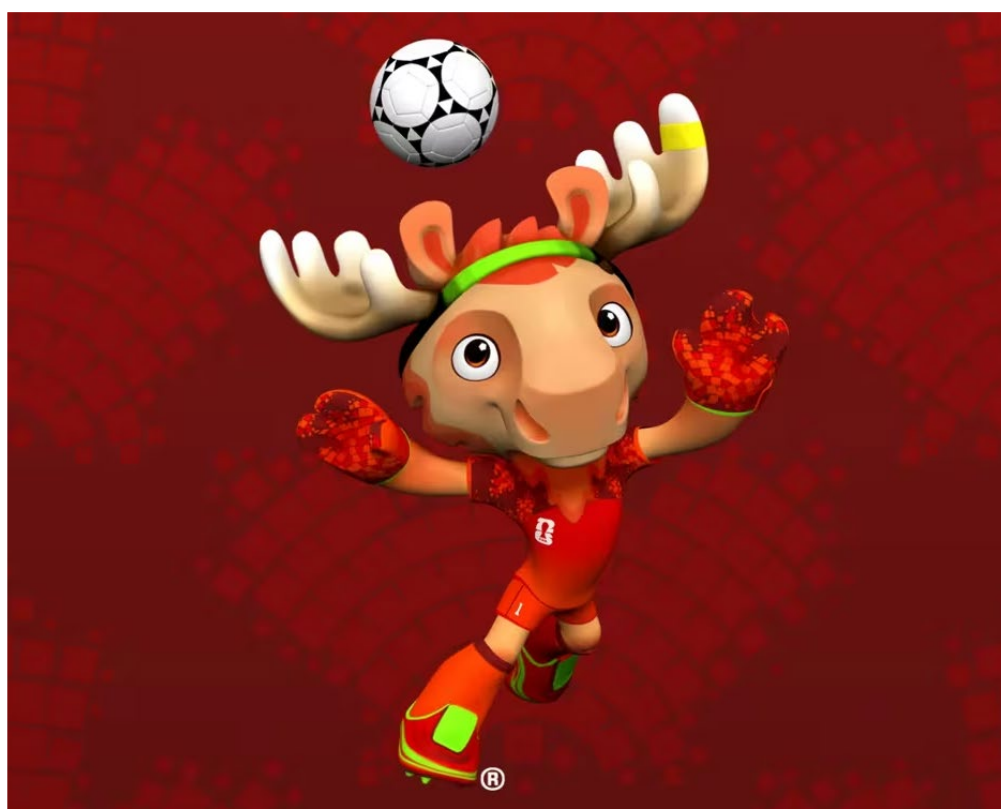
Si bien la perspectiva de Ferdinand de Saussure (1945) permite comprender la relación entre forma visual (huella psíquica) y significado de los sistemas culturales compartidos, este análisis se apoya principalmente en el enfoque triádico de Peirce (1931-1958), ya que incorpora la dimensión del interpretante como una instancia que produce sentido en la experiencia. Desde esta perspectiva, un signo no existe de manera autónoma, sino en la medida en que es interpretado por un sujeto dentro de un contexto cultural específico. Esto resulta muy pertinente para el estudio del sistema de comunicación visual de la Copa del Mundo 2026, en la que los significados se activan a través de la experiencia, la memoria colectiva y las prácticas emocionales de los espectadores, reforzadas por el hábito y la repetición ritual que cada cuatro años reactualiza estos signos.

Desde esta visión, el análisis se enfoca en las mascotas del Mundial 2026 como signos en proceso, cuya significación no está dada únicamente por su forma, sino por las interpretaciones que genera en el público el conjunto simbólico que los contiene: el universo FIFA. A través de su observación, es posible identificar cómo se articulan relaciones entre imagen, referente e interpretación dentro del contexto cultural del fútbol. Según la perspectiva de Barthes (1977), en un nivel denotativo, estas imágenes corresponden a representaciones de animales antropomorfizados propios de cada región; en un nivel connotativo, se asocian a los países sede mediante el uso de las camisetas oficiales de cada selección y activan asociaciones culturales y afectivas específicas en el espectador.

Desde estas perspectivas teóricas, entremos ahora en el análisis de las mascotas que representan a cada país anfitrión y en una posterior correlación de sus significados.

# MAPLE

## ESTABILIDAD, RESGUARDO Y ORDEN EN EL JUEGO



Canadá Maple, el alce. Imagen de la FIFA, usada con fines académicos.

Es un alce que recibe el nombre de la hoja símbolo que aparece en la bandera del país y que, a pesar de no ser el animal nacional de Canadá, lugar que corresponde al castor, es profundamente simbólico y constituye una de las figuras más representativas del imaginario cultural canadiense. Su presencia es recurrente en paisajes naturales, discursos turísticos y en múltiples expresiones de la cultura visual como la ilustración y los souvenirs, en las que funciona como un marcador de identidad del territorio y de lo canadiense, estrechamente vinculado a la vastedad de los bosques y a la vida en la naturaleza.

En el plano denotativo, hablamos de un mamífero que puede llegar a medir entre 1.5 y 2.1 metros de altura, con un manto de pelaje oscuro y cornamenta plana y no ramificada que puede alcanzar los 1.8 m de ancho. Está ampliamente distribuido en los bosques y zonas húmedas del país (World Wildlife Fund Canada, s. f.a). En el imaginario contemporáneo, su posicionamiento se ve respaldado por esta fuerte presencia territorial y visual, y es considerado entre los animales más representativos del país (World Wildlife Fund Canada, s. f.b).

En el plano connotativo, este herbívoro transmite solidez y control. No hay prisa en su desplazamiento: avanza con firmeza, con seguridad, incluso cuando el entorno no es favorable. Su presencia no se impone por velocidad ni por fuerza explícita, sino por estabilidad. Puede recorrer largas distancias, aun bajo asedio y en condiciones climáticas adversas.

Esa asociación se refuerza en los espacios que habita: territorios fríos, remotos, donde su figura proyecta autosuficiencia y una forma de resiliencia más silenciosa. En el campo deportivo, esto se acerca a una idea de control prolongado del juego, una presencia que sostiene más que irrumpe. Incluso el cambio anual de sus astas sugiere renovación, pero sin ruptura: hay transformación, pero dentro de la continuidad.

La figura de Maple, con la camiseta roja y el número 1 en la espalda, activa de inmediato la imagen del portero. No desde la espectacularidad, sino desde la responsabilidad de resguardar. Su función no es aparecer constantemente, sino estar cuando hace falta: asegurar el arco, sostener el juego desde atrás y evitar que el gol ocurra.

Aquí, el número no es solamente un número: se convierte en una identidad, en una posición y en un rol en el campo de juego. Además, remite simbólicamente a todos los rasgos de carácter del alce que se mencionaron anteriormente: protección y poder, control del espacio, seguridad y estabilidad y reacción ante situaciones clave.



# ENERGÍA, INTENSIDAD Y EXPRESIÓN EN LA DIMENSIÓN OFENSIVA DEL JUEGO

ZAYU



México Zayu, el jaguar. Imagen de la FIFA, usada con fines académicos.

Es un jaguar que representa a México y, a diferencia del alce canadiense, incorpora una carga simbólica mucho más vinculada a lo ancestral y a las tradiciones mesoamericanas. A pesar de que el símbolo nacional de México es el águila devorando a una serpiente, la elección del jaguar no es arbitraria: este ha ocupado históricamente un lugar preponderante en la cosmovisión de diversas culturas prehispánicas, donde se le asocia con el poder, la fuerza, la noche y lo sagrado.

En el plano denotativo, se trata de un felino robusto, el más grande del continente americano, de cuerpo musculoso, cabeza amplia y mandíbula potente, cubierto por un pelaje amarillo con manchas negras en forma de rosetas, similares a las del leopardo, pero generalmente con un punto en el centro. Es un cazador de emboscada, con la mordida más fuerte entre los felinos y capacidades visuales extraordinarias. Es un mamífero territorial, de hábitos solitarios, cuya distribución abarca desde el norte de Argentina hasta el sur de los Estados Unidos (National Geographic, s.f.b).

La figura de este felino en el plano simbólico se ha vinculado con deidades como Tezcatlipoca en su advocación nahual como Tepeyólotl, "Corazón del Monte", como parte de la tradición mesoamericana; y a pesar de ser considerado un animal peligroso, agresivo y temido, también era considerado como una figura asociada a lo sagrado y lo divino, lo que permite situarlo como un símbolo de poder, misterio y autoridad espiritual por su relación con la noche, la luna, el inframundo y las fuerzas invisibles (Heyden, 1984).

En el plano connotativo, Zayu representa, más allá de sus características físicas, una forma de acción basada en la capacidad de ataque, el sigilo y la emboscada. Su manera de "cazar" al oponente puede leerse como una acción individual que, sin embargo, se articula dentro de una lógica colectiva de equipo, donde la precisión y la estrategia resultan fundamentales. El número 9 en su camiseta verde refuerza esta lectura, ya que en el fútbol se asocia con la figura del delantero, el jugador que se sitúa a la ofensiva y cuya función principal es concretar el gol.



# EL CLUTCH


## LA VISIÓN Y LA ORGANIZACIÓN DEL JUEGO



EUA Clutch, el águila. Imagen de la FIFA, usada con fines académicos.

Es un águila calva que representa a Estados Unidos y, a diferencia de las anteriores, se vincula directamente con un símbolo nacional oficial.





En el plano denotativo, es un ave fácilmente identificable por su cabeza blanca y cuerpo marrón oscuro, que pesa entre 4 y 6 kilogramos y tiene una envergadura alar de unos 2 metros, característica que le permite planear y, por lo tanto, ahorrar energía al desplazarse. Esto la convierte en la segunda mayor ave rapaz de América del Norte, después del cóndor californiano. Las águilas son carnívoras y se alimentan de peces, aves y mamíferos pequeños, a quienes logran divisar a gran distancia gracias a que poseen una sorprendente agudeza visual debido a la gran concentración de células en su retina. Tienen garras muy afiladas y pueden cargar con presas de hasta casi la mitad de su propio peso (National Geographic, s. f.a).

En el plano connotativo, el águila ha representado el poder desde la antigüedad. Ya en el tiempo de las legiones romanas se utilizaba como decoración en los estandartes de batalla. También, se asocia con los valores de libertad, independencia, fuerza y visión global por su capacidad para elevarse a grandes alturas, cazar en solitario y su agudeza visual. Además, en la cultura nativa se le considera mensajera entre el cielo y la tierra (ShareAmerica, s. f.).

El número 10 en su camiseta refuerza esta idea, asociándose con la figura del jugador creativo, aquel que organiza el juego, tiene visión de campo y lidera las acciones ofensivas, cualidades que se relacionan con la agudeza visual y la perspectiva elevada que caracterizan al águila.

# EL PORTERO, EL DELANTERO Y EL 10: UNA JERARQUÍA IMPLÍCITA

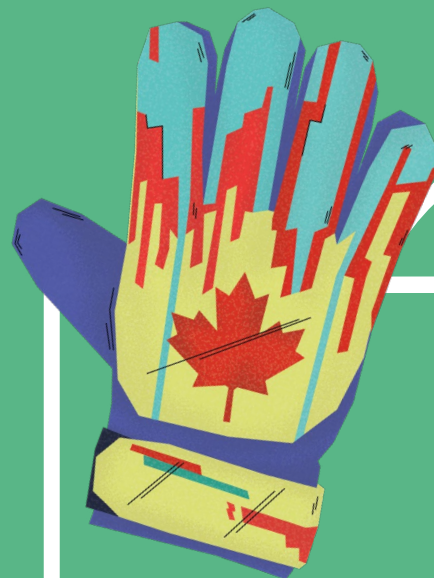


El Mundial puede entonces entenderse no solo como un evento deportivo, sino como una experiencia cultural compleja, en la que ritual, emoción y sistemas de signos se articulan. A lo largo de esta lectura, hemos visto cómo los elementos visuales, sobre todo las mascotas, actúan como signos que sobrepasan su forma aparente para desencadenar significados asociados a la cultura, la emoción y la experiencia colectiva del espectador.

Personajes como Maple, Zayu y Clutch no son solo figuras o imágenes visuales; más que nada, son sistemas simbólicos que representan valores, ideales, costumbres y vivencias, no solo representaciones de los países sede del evento. Su interpretación no debe limitarse únicamente a lo denotativo, objetivo y aparente, sino que permea el plano connotativo, en el que lo subjetivo y simbólico se empapa de la cultura y las emociones a través de la repetición convertida en hábito, permitiendo que estos signos sean reconocidos, hechos propios y resignificados por el público.

Por separado, cada mascota construye su propio universo. Pero al ponerlas en relación, eso se desplaza. Ya no alcanza con leerlas únicamente como funciones del campo, sino como formas distintas de estar. El alce, desde el resguardo, propone una presencia más contenida, casi silenciosa, que remite al control y a la estabilidad. El jaguar, en cambio, no espera: aparece, irrumpe, embiste. Hay en él una energía directa, visible, que se impone. El águila no entra en esa lógica; observa, organiza, articula el juego desde otra altura.

Más que una distribución funcional, lo que aparece es una forma de relación. Tres maneras distintas de ocupar el espacio, de vincularse con el otro y de asumir un lugar dentro del conjunto. Ahí es donde lo simbólico deja de ser descripción y se vuelve experiencia, porque no solo vemos posiciones: reconocemos formas de habitar el juego que





también dialogan con las identidades culturales que estas figuras proyectan utilizando el vehículo de lo visual.

Sin embargo, la lectura resulta incompleta. No se trata únicamente de tres roles que se complementan, sino de una disposición que organiza el juego desde lugares distintos de control, visibilidad y acción. El águila concentra la mirada estratégica y la capacidad de ordenar el juego; el jaguar personifica la acción directa, la resolución y la intensidad; mientras que el alce sostiene desde el resguardo, marcando una presencia más contenida. Esta configuración no es neutra: distribuye funciones, pero también posiciona simbólicamente a cada figura dentro del conjunto.

Más bien, lo que aparece es una jerarquía implícita. El número 10 no es cualquier posición: es quien ve, organiza y define el ritmo del juego. Que esa función recaiga en el águila (Estados Unidos) abre una lectura que supera lo deportivo y remite a formas de poder en el plano cultural. En contraste, el jaguar (México) concentra la acción, pero no el control; aparece, resuelve, pero no estructura. El alce (Canadá), por su parte, sostiene desde atrás, resguarda, pero también queda fuera del foco principal de visibilidad.

Pensadas como equipo, estas figuras no solo se articulan, también se desbalancean. No todos ocupan el mismo lugar simbólico ni tienen el mismo nivel de exposición o de protagonismo dentro del juego. Esto permite preguntarse si realmente se trata de una representación en igualdad de condiciones o si, más bien, lo que se configura es una relación en la que ciertas formas de presencia dominan sobre otras.

En este sentido, la convivencia entre estas figuras no es del todo estable. Más que un equilibrio, lo que revela es una coexistencia atravesada por diferencias de intensidad, visibilidad y control. Y es precisamente ahí donde el sistema simbólico se vuelve más interesante: no en la armonía, sino en las tensiones que deja ver.

Así, el Mundial 2026 nos permite mirar con más atención y detalle no solo el juego, sino todo lo que lo envuelve, y nos hace reconocer las formas diversas y particulares en que disfrutamos y compartimos esta experiencia colectiva a través de sus imágenes, sus símbolos, sus sonidos, gritos, canciones y, principalmente, sus mascotas, muy vinculadas a cada cultura y que esperamos con emoción cada cuatro años.

Anderson, B. (2006). *Imagined communities: Reflections on the origin and spread of nationalism* (Rev. ed.). Verso. (Trabajo original publicado en 1983).

Barthes, R. (1977). *Image, music, text*. Hill and Wang.

Durkheim, É. (2001). *The elementary forms of religious life*. Oxford University Press. (Trabajo original publicado en 1912).

Goffman, E. (1967). *Interaction ritual: Essays on face-to-face behavior*. Anchor Books.

Heyden, D. (1984). *Tezcatlipoca en el mundo náhuatl*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

MacAloon, J. J. (1984). Olympic games and the theory of spectacle in modern societies. En J. J.

MacAloon (Ed.), *Rite, drama, festival, spectacle* (pp. 241-280). Institute for the Study of Human Issues.

National Geographic (s. f.a). *Bald eagle*.

<https://www.nationalgeographic.com/animals/birds/facts/bald-eagle>

National Geographic (s. f.b). *Jaguar*.

<https://www.nationalgeographic.com/animals/mammals/facts/jaguar>

Peirce, C. S. (1931-1958). *Collected papers of Charles Sanders Peirce*. Harvard University Press.

Saussure, F. de. (1945). *Curso de lingüística general*. Losada.

ShareAmerica. (s. f.). *Es oficial: El águila calva es el ave nacional de EE. UU.*

<https://share.america.gov/es/es-oficial-el-aguila-calva-es-el-ave-nacional-de-ee-uu>

Turner, V. (1969). *The ritual process: Structure and anti-structure*. Aldine Publishing.

Van Gennep, A. (1960). *The rites of passage*. University of Chicago Press. (Trabajo original publicado en 1909).

World Wildlife Fund Canada. (s. f.a). *Moose*. <https://wwf.ca/species/moose/>

World Wildlife Fund Canada. (s. f.b). *Canada's 10 most iconic animals*.

<https://wwf.ca/stories/canadas-10-most-iconic-animals/>

**Coordinación y edición:** Willian Carballo, director de Investigación Institucional.

**Textos:** Larisa Hernández.

**Diseño de portada, diagramación e ilustraciones:** Carlos Sánchez.

**Fotografías (usadas con fines académicos):** FIFA.

**Corrección de estilo:** Manuel Velasco.

Los textos aquí contenidos pueden ser reproducidos y difundidos, así como usarse para crear obras derivadas, siempre que no tengan fines comerciales, se reconozca su autoría y se referencien adecuadamente.



2026. Santa Tecla, El Salvador. Escuela Mónica Herrera.

